

LOS LIBROS



JEAN MEYER

EL PASADO DE UNA ILUSIÓN

DE FRANCOIS FURET

&En

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA,
MÉXICO, 1995, 582 pp.

I

Este gran libro de historia de las ideas es un ensayo valiente y rudo sobre la "idea comunista" en el siglo XX y, en particular, sobre la mitología de la URSS y del comunismo entre los intelectuales franceses, el misterio de su fascinación por la "ilusión comunista" y, en forma paralela, por la "ilusión fascista". Si sumamos pasión comunista, pasión fascista y pasión nacional-socialista para hacer la lista de los autores europeos celebres fascinados por una o por todas esas pasiones, tenemos "el Gotha del pensamiento, de la ciencia y de la literatura". Furet se pregunta por que el intelectual fue presa del espíritu de su época, en lugar de intentar poner su marca en él.

Parodiando el título de Freud, el porvenir de una ilusión, Furet se pregunta por qué la revolución, sea comunista, sea nacional, atrajo a los intelectuales. Su tesis es que "la gran convulsión moderna esta he-

cha de dos movimientos adversarios y cómplices nacidos de la condición burguesa". Existe un rechazo mayúsculo al liberalismo y a la democracia, a la Ilustración y a la historia. En lugar de ser "una exploración del futuro, la experiencia soviética fue una de las grandes reacciones antiliberales y antidemocráticas de la historia europea en el siglo XX, la otra es, claro, el fascismo y el nacional-socialismo".

Furet estaba mejor preparado que nadie para hacer esa historia. Especialista mundialmente reconocido de la Revolución Francesa, se ha dedicado, en una segunda etapa, a elucidar su impacto, su mito, la historia de su historia. No nos presenta una historia de la URSS ni del comunismo sino de su "idea", de la "pasión" que despertaron en forma religiosa. Intenta entender esos episodios breves (para el historiador), esos productos, monstruosos en su novedad, de la democracia y de su crisis, que terminaron sepultados por la misma democracia.

Sabe de que habla. Nos remite al mito de la cueva que Platón presta a Sócrates, cuando recuerda haber estado sentado en la gruta oscura, viendo sombras contra la pared, sombras afirmadas como reales. Por cierto, Jacques Ellul dijo que nuestra época no sabe distinguir entre verdad y realidad y cree que la realidad es la verdad. Furet recuerda: "leí con pasión, hacia 1947, *El* cero y el infinito, de Arthur Koestler, sin que tal lectura me disuadiera de entrar en el Partido Comunista, admiraba cómo el juez y el acusado convenían juntos en servir a una misma causa, el primero como verdugo, el segundo como

víctima. En esa versión filosófica de los procesos de Moscú, admiraba la marcha de la razón histórica, cuando Koestler había querido denunciar su culto bárbaro".

Después Furet salió de la cueva y, como el personaje de Platón, descubrió la realidad, su no adecuación a la Idea, y cuán difícil, cuán peligroso era intentar decirlo a sus antiguos compañeros, todavía sentados en las tinieblas. Imposible, imperdonable ser anticomunista en nuestra república universal de la gente de letras entre 1945 y 1991. Imposible ser anticastrista en México, hasta ayer, hasta hoy ¿Gran misterio, el de la gruta de Platón, que no tiene dos entradas como la de la ninfa Calipso!

II

El odio a la burguesía, a la sociedad moderna, al liberalismo como individualismo y ciudadana, fue un fenómeno muy difundido entre los artistas en el siglo XIX, y también entre los católicos. El burgués nace entonces como personaje colectivo, como arquetipo, como chivo expiatorio de todo lo malo del mundo moderno: echó a perder la comunidad y construyó la sociedad (capitalista); los nostálgicos del vientre comunitario suenan con el comunismo, con la cristiandad, con la comunidad nacional o racial. El hurgués y su doble, el "judío", es la antítesis perfecta del artista que sera religioso, romántico, rebelde, hasta que las revoluciones comunista, fascista, nacional-socialista vengan a reclutarlo. "En el corazón de la pasión antiburguesa esta el remordimiento constante del bur-

gués, su mala conciencia". Lo que Furet escribe del francés se aplica a maravilla al noble ruso y a sus hijos estudiantes, enfermos del sentimiento de culpabilidad, engendrado por la condición de su pueblo, por el recuerdo de la servidumbre. Furet hubiera podido añadir esas líneas de Dostoyevsky, en Los endemoniados: "Hay también odio en todo esto. Serían horriblemente desgraciados si Rusia se transformase de repente e incluso, según sus ideas, si se volviese rica y próspera. No tendrían a quien odiar."

Ahora bien, ese odio, esa mala conciencia, limitada a los "happy few", no tenía por que desembocar en las grandes convulsiones del siglo Xx. La primera guerra mundial Furet le dedica un excelente capítulo- abrió un campo formidable a la pasión antidemocrática, dio el poder a los bolcheviques, lanzó actores inéditos como Mussolini y Hitler; en una palabra, permitió que "el odio a la democracia se volviera democrático". Furet explica muy bien cómo el siglo ha sido marcado por esa guerra que incluye a la segunda, que fue su conclusión postergada. Esa guerra llevó la violencia a un grado de intensidad y a una escala entonces desconocida: industrial, científica y mundial, reveló la cara escondida del progreso. Llevó las masas de hombres jóvenes al matadero, les enseñó a formar masas para matar, les enseñó a desesperar de la sociedad. La guerra total legó a las grandes naciones derrotadas el totalitarismo, planteado en términos, métodos y estrategias militares. Bolchevismo, fascismo y nacional-socialismo son los hijos de 1914-1918. Del infierno de las trincheras salió el infierno de los campos de concentración; el gas asfixiante de Ypres anunció el Zyklon B de los campos de exterminio nazis.

III

El libro de Furet tiene en Europa un éxito sorprendente. Digo sorpren-

dente porque trata de un tema tabú: la comparación entre comunismo y nazismo. Nos dice que es una sola y misma cosa. Dice que el fascismo y, más tarde, el nazismo nacen como una reacción anticomunista; que el comunismo, bastante desprestigiado después de su fracaso soviético inicial, recupera terreno gracias al antifascismo y, con la derrota de Hitler, se rehace una fachada casi democrática. La segunda guerra mundial los enfrenta en una lucha a muerte, después de haberlos asociado. "El mayor secreto de complicidad entre bolchevismo y nacional-socialismo es, sin embargo, la existencia de ese adversario común... sencillamente, la democracia". Comparten el mismo rechazo.

Eso se podía decir y se dijo mucho en los años 20 y a principios de los 30. Entonces la comparación parecía evidente. Hasta Romain Rolland, "compañero de ruta", no dudaba en escribir en 1927: "Portador de altas ideas (representante de una gran causa), el bolchevismo las ha arruinado por su sectarismo estrecho, su inepta intransigencia y su culto a la violencia. Engendró al fascismo que es un bolchevismo al revés". Thomas Mann apuntaba en su Diario, a la hora de la victoria de Hitler: "el nazismo es un bolchevismo alemán". Marcel Mauss, el gran antropólogo francés, emparentado con Dürkheim, escribía en 1936: "El partido comunista acampa en medio de Rusia, exactamente como el partido fascista acampa en Italia y el partido hitleriano en Alemania". André Gide fue más lejos en su Regreso de la URSS (1936): "Dudo que en algún país, incluso en la Alemania de Hitler, el espíritu sea menos libre, más agachado, más atemorizado, más avasallado, que en la URSS".

"No es Alemania la que se volviera bolchevique dice Hitler en 1934 sino el bolchevismo el que se transformara en una suerte de nacional-socialismo. Además, son más los lazos que nos unen al bolchevismo que los elementos que

nos separan. Sobre todo, hay un verdadero sentimiento revolucionario que vive en toda Rusia, menos allí donde hay judíos marxistas. Siempre supe distinguir en esto y he ordenado que los antiguos comunistas sean admitidos en el partido, sin retraso. El pequeño burgués socialista y el jefe sindical no serán nunca nacional-socialistas, pero el militante comunista, sí."

Vassili Grossman, periodista y escritor soviético, le dedicó su admirable novela Vida y destino, terminada en 1960 y publicada por vez primera en 1980 en Suiza,² al horrible misterio de las semejanzas entre los hermanos enemigos. En común tienen el voluntarismo, la exaltación de la voluntad en la política. Empieza con "hacer tabula rasa del pasado" y se prolonga con la pasión revolucionaria que quiere reducirlo todo a lo político. Por lo tanto, todo es factible, todo es cuestión de voluntad. Ese voluntarismo ignora la resistencia de las cosas, y de esas otras cosas que son los hombres. Si el plan, si la batalla de la producción o la batalla militar no se logra; es que hay mala voluntad, sabotaje, traición. En esto hay más, mucho más, de Nietzsche que de Marx: la voluntad de poder. La razón razonante hasta el delirio de "la ciencia de la historia" que quiso ser el marxismo leninismo, termina compartiendo el mismo nihilismo del farragoso nacional-socialismo. Comulgan en la denuncia nietzscheana del Occidente democrático y mercantil, en el desprecio de las libertades "burguesas". Eso explica que los campos sean la institución común a los dos regímenes y que en Vida y destino Grossman pase constantemente de un KZ nazi a un Lager soviético.

Tanto a propósito de los campos como del Terror, Furet emplea la palabra "misterio", un término que aparece muchas veces en su libro. Hay un misterio: se dice que el poder "aburguesa", ablanda. Sin embargo, en los casos de Stalin y de Hitler, la victoria multiplicó los

crímenes. Stalin elimina a millones de hombres en nombre de la lucha contra la burguesía; Hitler hace lo mismo en nombre de la lucha por la pureza de la raza. "Misterio del mal en la dinámica de las ideas políticas en el siglo XX". Esos exterminios, en la dimensión industrial del siglo XX, no admiten explicación marxista alguna. Que todo esté sujeto a la voluntad de un hombre, sea Lenin, Stalin, Mussolini o Hitler, que esas dictaduras inauditas sean tan horriblemente independientes de los intereses de clase, es algo que no admite la explicación marxista tradicional. Ningún interés de clase explica las grandes matanzas comunistas; el genocidio nazi es programado por la ideología y de ninguna manera por intereses de la nación. Es más, va en contra de sus intereses y de la conducción de la guerra. Uno tiene ganas de decir, como el Rabbi Nahman: "El infierno existe, es de este mundo, pero nadie se atreve a decirlo". o como Cioran: "Durero es mi profeta. Mientras más contemplo la marcha de los siglos, más convencido estoy de que la única imagen susceptible de revelar su sentido es la de los jinetes del Apocalipsis". Hay un misterio en la pseudo-dictadura del proletariado, así nombrada por antifrase: sobre y contra; el proletariado como sobre y contra la sociedad de su país.

IV

Un gran tema, uno más, el más novedoso quizá del libro de Furet, es el tema del antifascismo. No puede disimular su admiración por Stalin, quien supo, de 1934 a 1939 y luego de 1941 en adelante (de manera póstuma hasta 1991), promover bajo la máscara del antifascismo la ilusión soviética. Gracias a ese malabarismo, ser comunista era ser antifascista y ser anticomunista resultaba ser fascista. El chantaje funcionó perfectamente y por eso Sartre pudo exclamar, contra Albert Camus: "¡Todo anticomunista es un perro!". El mito

antifascista, la derrota del Eje que revelaba y condenaba los crímenes del nacional socialismo, volvieron tabú toda comparación entre comunismo y nazismo. Por eso el filocomunismo entre los intelectuales franceses alcanza su apogeo después de 1945. La victoria sobre el nazismo, Stalingrado y Berlín, parecen coronar al comunismo. El discurso antifascista duró hasta la caída del muro de Berlín. Adenauer, de Gaulle, los presidentes norteamericanos, Octavio Paz fueron tratados de fascistas y de aquí en adelante se olvidó la comparación, tan común antes de 1934 y redoblada a la hora del ignominioso pacto germano soviético (1939-1941). Todas las izquierdas no comunistas, todos los demócratas han sido sometidos de manera bastante eficiente a esa intimidación: todo anticomunista es un perro.

Esto explica que, después del derrumbe de la URSS, pocos comunistas occidentales o "compañeros de viaje" hayan sentido la necesidad de hacer su autocritica o de arrepentirse. En cambio, se sigue siendo duro, implacable con los pecados de juventud de Eliade, Cioran o Jouve; no hay indulgencia para Heidegger, se dice que Jünger es un nazi. ¡Por qué? Una victoria más para el antifascismo amañado por Stalin. Nadie le reclama a Godelier ese grito proferido a la hora de la victoria electoral de la izquierda francesa (1981) y de su llegada al poder intelectual: "¡La antropología francesa será marxista o no será!". Nadie le reclama a Michel Vovelle, gran historiador de la Revolución Francesa, su fidelidad al Partido Comunista Francés. Sigue siendo miembro de ese partido y en las columnas de L'Humanité ataca el libro de Furet con una saña típicamente "antifascista".

El valiente Orwell escribía, contra la corriente, que "la neblina de mentiras y falsas informaciones que vela temas como la hambruna en Ucrania, la guerra de España, la política rusa en Polonia, etc... no es enteramente consecuencia de una des-

honestidad consciente; sin embargo, todo escritor o periodista simpatizante de la URSS participa en la falsificación deliberada de cuestiones esenciales". Basta ver el tratamiento indulgente dado, hasta la fecha, por los libros de texto franceses a la historia de la URSS.

¡Habría tantas cosas que decir y que discutir en este hermoso libro! Manifiesta que la ruina momentánea del pensamiento utópico no desemboca en un pragmatismo ramplón, no desvaloriza los conflictos de ideas. Al contrario, nos empuja a la discusión razonable de cuestiones esenciales, señala la permanencia de las aspiraciones de los hombres atrapados en el tumulto de la historia. No sabemos más si la historia obedece a unas leyes; buscamos el camino para construir un porvenir mejor, que no será el fruto de una voluntad justificada por un porvenir decretado inevitable. Como dijo Raymond Aron en sus Tres ensayos sobre la edad industrial: la interrogación filosófica sobre el sentido de nuestra civilización y de nuestra existencia renace".

CONCLUSIÓN

¿QUÉ ES EL SOCIALISMO?
POR LESZEK KOLAKOWSKI

Les diremos lo que es el socialismo. Pero primero tenemos que decirles lo que NO es. El socialismo no es:

Un Estado cuyos soldados son los primeros en invadir el territorio de otro país.

Un Estado con colonias.

Un Estado cuyos vecinos maldicen la geografía.

Una nación que oprime a otras naciones

Una nación oprimida por otra nación.

Un Estado que quisiera ver a su Secretario de Relaciones determinar la opinión pública de toda la humanidad.

Un Estado en el cual un pueblo entero, contra su voluntad, puede ser desplazado.

Un Estado que distingue difícilmente una revolución social de una agresión armada.

Una sociedad cuyos dirigentes se autonombran.

Un Estado que quiere que todos sus ciudadanos tengan la misma opinión en filosofía, política extranjera, economía, literatura y moral".

Etc...³

Después de la caída inesperada del Estado asirio babilonio de la era industrial, nos encontramos libres de pensar nuestro presente y nuestro futuro, sin renunciar a la utopía de un mundo mejor. Hasta podemos volver a leer tranquilamente a Marx, no al profeta político, no al economista sino al gran historiador, al fabuloso periodista, al moralista heredero de Amos.

NOTAS

¹ Hermann Rauschning. Hitler m'a dit Paris, 1939, capítulo 21: "Rusia ¿amiga o enemiga?"

² Vie et Destin. Editions de l'Age d'Homme, Lausanne. El manuscrito habla sido microfilmado por Andrei Sajarov y Elena Bonner, lo que los salvó del KGB.

³ Publicado el 15 de marzo de 1957, por el semanario trotskista La Vérité @11

FRANCISCO AYALA

DERECHA E IZQUIERDA

DE NORBERTO BOBBIO



TAURUS, MADRID, 1995, 187 PP.

Con toda su sensatez, con toda su moderación y buen sentido, este libro de Norberto Bobbio resulta patético. Lo es en si mismo, y lo es también en cuanto al aura que lo acompaña;

pues, en efecto, la repercusión que sus no muy dilatadas paginas han tenido es a su vez fenómeno de conmovedor patetismo: la gente de bien quiere agarrarse y aun quizá colgarse a un clavo ardiendo. Yo mismo, que por razones generacionales y otras (de experiencia vital, de formación, profesión y actitud intelectual, quizá de temperamento y temple) puedo identificarme bastante con su autor, también acudo a la cita, y me apoyo en su lectura para reflexionar sobre la situación de desconcierto en que ha caído este mundo nuestro. El texto del libro es, según lo entiendo, ejemplo palmario de ese mismo desconcierto que a tantos lectores ha movido a buscar en el respuesta para sus perplejidades.

En un prólogo escrito por el autor para la segunda, apresurada edición de *Destra e sinistra*, muestra su sorpresa por el inesperado éxito de venta y de comentario crítico que su obra ha obtenido, y procura explicárselo a cuenta de varias causas: oportunidad de su aparición en coincidencia con una campana electoral, diseño editorial agradable, o brevedad del texto y baratura de su precio, para terminar por atribuirlo -parece- al hecho de que sus disquisiciones pueden desmentir a quienes piensan y afirman que ya carece de sentido la distinción política entre derecha e izquierda.

Diría yo, sin embargo, que quizá sea más bien debido ese éxito a la ansiedad generalizada por hallar algún esclarecimiento *en* la confusión actual de conceptos y de valores, aguda y apremiante sobre todo entre la multitud de quienes vivían instalados en la comodidad de la tradicional etiqueta izquierdista, sin haberse hecho cuestión de la validez históricamente legítima que puedan tener a la fecha sus asumidas creencias, tal vez poco avenidas ya con las nuevas realidades sociales que los últimos desarrollos tecnológicos han suscitado.

Ampliando y perfilando sus tesis para esta segunda edición del libro, insiste Bobbio en colocar el tema de "derecha e izquierda política" en términos muy generales, abstractos, en cuanto que pasa como sobre ascuas por encima del emplazamiento histórico -esencial para este tipo de conceptos- dentro de cuyo ámbito adquieren sentido. La dicotomía en cuestión se desarrolló a partir del episodio inicial de la Revolución francesa, cuando incidentalmente se produjo ese contraste físico o espacial, en sus comienzos- entre los partidarios de la ruptura institucional que precipitarla el proceso, y los elementos conservadores opuestos a tal cambio. Esa dicotomía de una asamblea deliberante, extendida luego a cualquier otro cuerpo político de análogo carácter y a los secuaces de las respectivas banderías, ha perdurado a partir de aquel momento, en adaptaciones y modulaciones varias, con un valor de contraposición ideológica, hasta que la transformación de la estructura social básica empezó a hacerla cuestionable. (En estricto sentido, para aquella primera fase no cabría hablar de tal "contraposición ideológica", pues la actitud conservadora no constituye propiamente una "ideología", o no lo fue hasta que, desplazados del poder sus valedores, empezaron a desarrollar por su parte una serie de "principios" con los que, paradójicamente, se apelaba a una "revolución conservadora"; es decir, se formulaba una ideología reaccionaria fundada sobre el programa de restaurar un pasado ideal, una utopía pasatista.)

El punto preciso en que dejó de resultar efectiva y, a todas luces, evidente la dicotomía entre derechas e izquierdas en política coincide, y no por casualidad, con la Primera Guerra Mundial, inflexión histórica que marcaría la clausura de la llamada Edad Moderna. Y no estará de más recordar aquí que fue Ortega y Gasset, mas inequívoca-